

cion, por el grande deseo que tenia de conservarse inmaculada como *María su Madre*. En sus quehaceres era muy edificante, porque nunca estaba ociosa, siempre trabajaba cuanto podia, y lo desempeñaba todo con aquella perfeccion que le reclamaba *María su Madre*. Venia la hora de acostarse, y despues de haberse examinado y rezado las oraciones que acostumbraba su piedad, hincada al pié de la cama le decia tres veces: *Madre mia, aquí teneis á vuestra hija*. Y con la mayor fé y confianza que le era dable, añadia: *Madre mia, echadme vuestra santa bendicion*, y luego recibíendola en espíritu, decia: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén*. Así vivió algunos años, hasta que recibió de *María*, su tierna Madre, la bendicion especial de su vocacion: pasó el noviciado con un fervor sin igual, y hechos los santos votos, fué á gozar en el cielo las ternuras de *María* su mas tierna Madre.

CAPITULO III.

MADRE DE MISERICORDIA.

14. *Amor de María á los hombres*.— Aunque deseo, lector carísimo, no entretenerme demasiado en la explicacion de la *Salve*, sino pasar por cada uno de sus títulos lo mas sucintamente que pueda; con todo, debo confesarte que me veo estrechado á entretenerme mas de lo que quisiera, á fin de explicarte un poco mas lo que es mi Madre; y voy á hacerlo lo menos mal que pueda.

asegurándote del grande amor que nos profesa. Ella es nuestra Madre, y *Madre de misericordia*: luego nos ama con el amor que conviene á hijos muy amados; y nos ama como desgraciados muy queridos que le hacen poner en juego todos sus resortes para aliviarnos. ¡Oh cuán amable es *María* considerándola ardiendo toda en llamas de amor nuestro! ¡Oh qué dulces las consecuencias que brotan de tan bello amor! ¡Por qué no amamos á *María* cuanto debemos amarla? ¡Por qué no la amamos segun los deseos de su corazon? ¡Por qué no la damos desde ahora las pruebas de afecto que su amor espera? ¡Por qué no la amamos como tantos santos que no sabian ya qué hacerse para mostrarle su amor? Hace algunos años que vivia un hombre de mediana edad, el cual se distinguia por su acendrado *amor á María*. La amaba prácticamente y desde sus primeros años: todo lo hacia como un resultado del *amor de María*. Dejó su vida, no santa, y comenzó una vida toda de Dios por *amor á María*: frecuentaba los santos sacramentos, hacia su retiro mensual, y cada año los santos ejercicios *por el amor á María*: comenzó á vivir la vida segun el espíritu, á no obrar jamas segun la carne, á admitir toda especie de mortificacion, y quiso ser tan generoso, que se obligó á hacer todo lo que Dios quisiera *por el amor á María*. A este amor práctico le fué comunicado un conocimiento de *María* tan perfecto, que hizo que la amara de un modo tan intenso y sumo, que su corazon casi se consumia. Y obraba tan poderosamente sobre él, que le vino como un pensamiento de que él amaba mas á *María*, que lo que ella lo amaba á él. Estando en este combate, entendió que su amor que le parecia tanto, era tan poca cosa comparado con el que tiene *María* aun al mas miserable de los pecadores, como poca cosa es un grano de arena respecto

al universo mundo. Trabajemos, pues, por amar á *María*, ya que somos de ella tan queridamente amados.

15. *Porque es su Madre.*—Del solo hecho de que *María* es tu Madre debes inferir el grande amor que *María* te tiene; y es tan intenso, que te ama con un amor necesario: y nóvalo bien, porque con esto no solo te ama porque quiere amarte, ó solo por un amor natural, sino tambien por un amor necesario. Te ama porque quiere; y quiere amarte con el mayor amor que es capaz: te ama con un amor natural, porque naturalmente ama lo que ama el Padre que te crió, el Hijo que te salvó, y el Espíritu Santo que te santificó; pero sobre todo te ama necesariamente porque es tu Madre. Hay precepto de amar al prójimo como á sí mismo: precepto de que los cristianos se amen entre sí: precepto de que amemos á los enemigos; y aun precepto de que los hijos amen á sus padres; mas no hay precepto que obligue á las madres á que amen á sus hijos; porque á la manera que es una cosa necesaria que cada cuerpo se dirija á su respectivo centro, así es una cosa necesaria que el corazon de una madre emplee sus afectos para con su hijo. Este amor es tan universal, que naturalmente no puede darse un solo caso en que falte: y no solo entre los hombres, sino que aun se ve observado entre los mas feroces animales. Pero una madre podemos considerarla rodeada de tales circunstancias que de hecho se olvide de su hijo: pero esta su posicion no puede hacerse con *María*, porque á la manera que el Criador no puede olvidarse de sus criaturas, así *María* no puede olvidarse de sus hijos: á la manera que el Redentor no puede olvidarse de sus redimidos, así *María* no puede olvidarse de sus hijos: y á la manera que el Espíritu Santo no puede olvidarse de los que ha santificado, así *María* no puede olvidarse de sus hijos. Y no es extraño, porque así como el

Padre que es el Criador, el Hijo que es el Redentor, y el Espíritu Santo que es el glorificador, no pueden olvidarse de las obras que les pertenecen, así *María* no puede olvidarse de los hombres que son sus hijos, porque ella es la Madre del amor; y lo es tanto, que en la muerte de Jesus deseaba con amor inmenso morir por el amor nuestro. ¡Y tú, lector carísimo, qué deseas hacer por el amor que te tiene *María*? Ella se habria ofrecido á los verdugos para que le hiciesen lo que hicieron á su Hijo: ¡y tú qué ofrecimientos le haces en prueba de tu amor? ¡Oh *María*, amantísima Madre mia! hazme la gracia de que te ame tanto, que brote siempre de mi corazon esta dulce jaculatoria: *Yo ame á María, y ámele yo con todo mi corazon y con todas mis fuerzas.*

16. *Por el amor que tiene á Dios.*—A la manera que los diez preceptos del Decálogo se encierran en dos, así estos dos mandamientos se refunden en el solo del amor á Dios: de modo que la medida del amor de Dios es la medida del amor al prójimo; y tanto se crece en éste, cuanto se adelanta en aquel. Ahora bien: ¿quién ha amado á Dios como *María*? Conviene hacernos cargo de esta pregunta, para que podamos concluir algo sobre la infinidad del amor con que nos ama. *María*, desde el primer instante de su concepcion immaculada, amaba ya á Dios mucho mas de lo que le han amado y amarán por toda la eternidad los ángeles y los hombres; y era tanto, que *María* sola, formaba el objeto de sus complacencias; casi de un modo semejante á las de su Hijo amado: tanto, que sus inmensas llamas hacian de su corazon el tabernáculo de Dios que habita en medio de los hombres: tanto, que los ardores de los mas encumbrados serafines, son como los helados vientos que dan la muerte á todas las plantas. Pues tal es la medida del amor que *María* te tiene, lector ca-

rísimo: y por tanto, ella te ama con un amor que supera poderosa y eminentemente al amor que se han tenido todos los casados, todas las madres á sus hijos, todos los jóvenes entre sí, y todos los hombres unos á otros: y por decirlo de una vez, todo el amor que hay y habrá en el mundo, es como una sombra, en comparacion de la grandeza del amor con que *María* ama al mas miserable de sus hijos. ¡Y tú cómo amas á *María*? ¡La amas con la medida que te reclama su amor? ¡La amas como la han amado los mayores santos? Contempla un poco lo que es *María*, y te aseguro que la amarás, porque al paso que confieses que no es Dios, te verás obligado á confesar que es sumamente superior á lo que no es Dios. Porque *María* desde el primer instante de su concepcion inmaculada, fué la poseedora de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios: su alma era ya mas ilustrada que la de Adán, de Moisés, de Salomón y de Pablo; y conocia á Dios mas perfectamente que todos los espíritus angélicos. A la manera que la humanidad de Cristo recibió tanta gracia en el momento de su union hipostática con el Verbo que la recibió en grado infinito; así de un modo semejante *María* la recibió en tanta cantidad, que no podia ser mayor. Desde entonces fué santísima, fué amorosísima, y fué la copia mas exacta de Jesus. Jesucristo fué esencialmente impecable, porque todo fué en él obra del Verbo: *María*, por gracia y privilegio, fué impecable, porque sus actos eran dirigidos por una gracia infinita: Jesucristo, por la union hipostática, adornóse de todas las virtudes sobrenaturales de las que es capaz un Hombre-Dios; y *María*, por su union casi hipostática (1), quedó asemejada al Verbo encarnado, lo mas que es dable á nuestra carne. En una palabra, *María*

(1) Los Santos Padres y San Ligorio, Glorias de *María*.

desde el primer instante de su concepcion, vió de un modo superior á todo otro modo la esencia de Dios, de un modo el mas semejante á la humanidad de Jesucristo al juntarse hipostáticamente con el Verbo: y en estas comunicaciones con Dios, conoceria que era inmaculada en su concepcion, como conoció el Bautista que acababa de ser lleno del Espíritu Santo: y conoceria tambien que era la futura Madre de Dios, del mismo modo que santificado el Bautista, conoció que era la voz del Señor. ¡Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¡Y en qué se recrea quien en *María* no se deleita?

17. *Porque Jesucristo nos recomendó á su amor.*—Hé ahí otra fuente, lector carísimo, para que conozcas lo mucho que *María* te ama; y es la recomendacion que le hizo Jesucristo en nuestro favor, en fuerza de la cual nos ama en cierto modo, cómo con la misma medida con que amaba á Jesus. *María* amaba á Jesucristo con un amor infinito; y este Jesus, infinitamente amado de *María*, es el que en el momento mas solemne le muestra su última voluntad. Pásmate de la conducta de Jesus, porque una sola cláusula pone en su testamento, y ésta es que *María* te ame á tí, y que te ame no á medias sino con el amor de Madre, y que te ame con idéntico amor con el cual él mismo te amó muriendo por tí en el árbol de la cruz. ¡Y hasta qué punto nos ama *María*? Esto no puede escribirse: pero nos ama tanto, que ni los ángeles lo pueden ni siquiera concebir, porque nos ama motivada por un amor infinito, y nos ama en fuerza del infinito dolor que padeció por nosotros. Le costamos una infinidad de dolores, porque nos alcanzó la vida de la gracia viendo á su Hijo que moria de dolor rendido á los tormentos: tanto es lo que costamos á *María*, tanto lo que nos recomendó á su amor, y tanto el amor con que nos ama!

¡Pero cuánto nos ama *María*? La siguiente comparación te lo hará comprender algo: Tanto amó al mundo el Padre Eterno, que para salvarlo le dió á su mismo Unigénito Hijo; pues así de un modo semejante podremos decir: que tanto es lo que nos amó *María*, que nos dió á su mismo Unigénito, y tanto es lo que actualmente nos ama, que actualmente nos lo daría de nuevo si fuese necesario. Nos lo dió, cuando admitía el ser su Madre, porque desde entonces solo lo consideró suyo en cuanto nos lo había de dar á nosotros para nuestra salvación: nos lo dió, cuando lo tuvo en su seno, y cada momento era un acto generoso que nos hacia para nuestro bien: nos lo dió, cuando le dispensaba todos los cuidados de Madre, porque nos lo iba conservando, para entregarlo generosa á todos los padecimientos: nos lo dió, cuando Jesucristo le pidió el consentimiento para ir á morir: nos lo dió, no defendiéndolo delante de los jueces, que sin duda alguna habrían hecho mucho caso de una Madre tan prudente; y nos lo dió millares de veces al pié de la cruz, en donde no solo con su dolor nos lo ofrecía, sino que con sumo amor nos amaba tanto, que si hubiesen faltado verdugos, ella, con fortaleza infinita, habría consumado el sacrificio: tanto es el amor con que nos ama *María*. ¡Oh si pensaras en él cuantas veces recitas la Salve! ¡Por qué amas, lector carísimo, tan poco á *María*? Amala no solo por lo que es en favor tuyo, sino principalmente por lo que es en sí misma. ¡Cómo no amar al mismo amor? Mira que como el fuego se comunica al hierro, así el Espíritu Santo se comunicó á *María*; ¡y podrás tú no amarla? *María* estuvo tan unida con Dios por amor, que su corazón era como la misteriosa zarza que ardia sin quemarse: y ¡tú puedes no amar á quien tanto amó á Dios? Era tal la llama de la caridad del corazón de *María*, que como las moscas huyen de un gran fuego,

así huyeron los demonios de su corazón: y ¡á un corazón tan amante podrás tú no amar? *María* en suma, como estaba en continua contemplación con Dios, no tenía deseo, ni pensamiento, ni palabra, ni acción, ni gozo que no fuese Dios: era su vida un acto continuo de amor: amaba siempre actualmente á Dios de modo que ni las acciones de la vida le impedían amar, ni el amor le impedía tratar; y aun mientras su bienaventurado cuerpo tomaba un ligero descanso, su alma se elevaba á Dios por medio de la mas sublime contemplación. ¡Y podrás tú no amar á criatura tan privilegiada? ¡Ah! ¡qué cosa podrá amar quien á *María* no amare?

18. *Porque somos el precio de la muerte de su Hijo.*—Otro motivo que nos hace comprender todo el amor que nos tiene *María*, es ver que somos nada menos que el precio de la muerte de su Hijo. Él vino del cielo á la tierra, vivió con nosotros, padeció todos los dolores y tormentos, y acabó su vida en el patíbulo de la cruz á fin de librarnos de la esclavitud del demonio y del pecado, dándonos su amistad y gracia en esta vida, y la gloria eterna en la otra. Si suponemos que *María* no nos ama con todo el amor de que es capaz su corazón, deberemos concluir que estima en poco los sufrimientos de su Hijo, y que mira con indiferencia la voluntad soberana que la constituyó nuestra Madre: Y si semejante pensamiento ha de estar muy lejos de nosotros, claro está que no lo ha de estar menos el creer que el amor de *María* no es todo entero para los hombres; porque á la manera que todas las criaturas reciben la influencia del sol, así todos los cristianos reciben la influencia de *María*, ya que ella es aquella mujer misteriosa revestida del divino sol de justicia. ¡Oh si comprendiéramos el cuidado que nos dispensa esta Madre amorosa! Baste decir que desea enriquecernos con mas bienes que los que nosotros podemos desear; an-

hela mas dispensarnos beneficios, que nosotros pedírse-
los: y no es extraño, porque somos el precio de la san-
gre de su Hijo; somos los recomendados en sus últimas
palabras; somos los contenidos en la obra de su inmen-
so amor; y en suma, somos los hijos mas queridos de
la mas tierna Madre. A vista de esto, ¿quién no ama
á *María*? Amala, lector carísimo, porque no podrás
menos que amar á tu mas tierna Madre: ámala, que la
encontrarás llena de amor y piedad: ámala, porque ella
protesta que no puede dejar de amar á quien la ama:
ámala, porque te servirá con singular predileccion en la
vida y en la muerte; y ámala en fin, porque no te de-
jará hasta haberte enriquecido con el dón de la perse-
verancia final. Amala, lector carísimo, y ámala de mo-
do que procures excitar en los otros este purísimo
amor: ámala con tanto afecto, que con solo recitar la
Salve se inflame tu alma y tambien el rostro: ámala
con tal ternura, que parezcas un serafin al hablar de
María: ámala, pero de modo que ella sola forme el
objeto de tus delicias (1): ámala con tales coloquios
que le muestres en la práctica que ella es tu enamora-
da (2): ámala con los purísimos deliquios que la decla-
ren la raptora de los corazones (3): ámala como que
ella es tu Señora y tu Madre y tu queridísima espo-
sa (4); y ámala de modo que nada te consuele tanto
despues de Jesus como el saber que *María* es tu ama-
da (5).

19. *Devocion al amor de María*.—Era una mujer
de unos treinta años cuando empezó á amar á *María*,
así como hasta entonces habia la infeliz amado al mun-
do, á su carne y á sus concupiscencias. Apenas llega-
da al uso de la razon, y ya habia comenzado á abusar de

(1) (2) (3) (4) (5) Los Santos Padres, y S. Ligorio, Glo-
rias de *María*.

ella. Aun no sabia lo que es ser niña, y la infeliz era
tan desgraciada que ya no lo era. Sus tiernos años
los pasó ofendiendo á Dios, haciendo en su cuerpo abo-
minaciones que no es lícito decir. A los trece años dió-
se completamente á su vida no casta; y hasta los treinta
siguió como *María Magdalena*, como *María Egip-
ciaca* y como *Tais* la pecadora. Llegada á este tiempo
de su vida, fastidiada de todo placer y desengañada de
lo que es la vanidad, le tocó la suerte de ver por pri-
mera vez una hermosa imágen de la *Virgen María*, que
representaba la *Milagrosa de Paris*. Aquí la esperaba
la gracia, porque luego comenzó á hacerse los mas du-
ros reproches. ¡Cómo! ¡*María* mi madre y yo su hija?
¡Ella tan buena y yo tan mala? ¡Ella *Virgen* inmacu-
lada y yo deshonesto? ¡Ella toda llena de virtudes, y
yo cargada de pecados? *María* juntamente con estos
sentimientos, le dió un grande dolor de haber ofendido
á Dios: le infundió grandes deseos de hacerse santa: se
confesó con un dolor el mas semejante al de la *Mag-
dalena*, y recibió la santa comunión con toda la ternura
y afecto posible. Esta mujer habia tomado á la Santí-
sima *Virgen* inmaculada como la madrina de su con-
version; y agradecida, le dió las pruebas mas sinceras
de verdadero amor. A su confesion añadió una comun-
ion santa, un odio muy grande á su vida pasada, y un
amor verdadero á su vida de virtud. Ardía tanto en el
amor de *María*, que todo lo hacia motivada por esta
causa; y por tanto, por el amor de *María* se levantaba
todos los dias muy temprano, hacia su media hora de
oracion mental, oía diariamente la santa misa, comul-
gaba tres veces en la semana, cada ocho dias recibia
el sacramento de la penitencia, cada mes tenia su dia
de retiro y todos los años tomaba los santos ejercicios.
Mucho trabajó para entrar de religiosa, pero Dios qui-
so que se santificase en el mundo, así como hasta en-

tonces lo habia escandalizado. Su casa la convirtió en un magnifico templo consagrado á *María*, de modo que las paredes se hallaban cubiertas de emblemas que describian sus glorias. Y aunque es verdad que estaba aficionada á todos los pasos de la Madre de Dios, pero ninguno la llenaba tanto como su Concepcion immaculada: y no es extraño, porque ella habia sido como la causa primordial de su conversion. Por tanto no debe admirarnos que llevase colgada de su cuello la medalla Milagrosa; que la tuviese colocada en su rosario; que cada dia ocho le mandase celebrar una misa en su honor; que repartiese muchas medallas con el fin de que *María* obrase sus portentos; que frecuentemente se la aplicase á su corazon, y que en todas las horas, aun en cada media hora, frecuentemente en cada cuarto, y en muchas ocasiones casi de continuo repitiese: *¡Oh María concebida sin pecado, rogad por nosotros que recurrimos á vos!*

CAPITULO IV.

MADRE DE MISERICORDIA.

20. *María es la Madre de los justos.*—La Iglesia nuestra Madre, lector carísimo, como regida y gobernada por el Espíritu Santo, nos ha enseñado que todos sus hijos tenemos otra Madre, y que esta es la augusta Madre de Dios. *María* es la Madre de los redimidos, ya que Jesucristo es su Padre: *María* es la Madre de todo el género humano, porque todo él estaba

contenido en la persona de Juan, cuando el Salvador la dijo: *Mujer, hé ahí á tu hijo:* y vuelto al discípulo: *Hé ahí á tu Madre.* Que *María* es la Madre de los justos que trabajan con todo empeño en justificarse mas y mas, es una verdad que no repugna en lo mas mínimo, porque Jesucristo su hijo es el Santo de los santos, y Juan era entre los apóstoles el mas santo y el mas inocente. Con razon se muestra su Madre, porque ellos á porfia le manifiestan que son sus hijos: la adoran sin cesar, procuran extender su culto, desean tener mil y mil lenguas para alabarla; y forma el objeto de sus mayores complacencias el publicar su grandeza y su excelencia, su bondad y su misericordia, sus privilegios y prerogativas, y sobre todo, su inmenso amor para con los hombres. Pero afirmar que *María* es la Madre de los pecadores, tiene un no sé qué tan repugnante, que nos vemos obligados á hacer explicaciones especiales para que se comprenda bien, y tanto mas, cuanto que si son innumerables los que se salvan por la devocion á *María*, así quizás no son menos los pecados que se cometen por abusar de esta misma devocion.

21. *María no es la Madre del obstinado pecador.*—En efecto: tiene un no sé qué muy contradictorio considerar á *María* como la Madre de un pecador, porque si ella es la dignísima Madre de un Dios tres veces santo, evidentemente que no puede al mismo tiempo ser la Madre de un pecador obstinado. ¡Qué cosa mas repugnante que ver en *María* á la Madre de un quebrantador de la ley, de un blasfemo sacrilego, del que no santifica los dias festivos, del que rompe con la obediencia y veneracion que debe á sus padres, del que hierre y aun intenta dar la muerte, del impúdico y desho? nesto, del ladron, del calumniador y del mentiroso: ¡Cómo! ¡*María* Madre de semejantes monstruos? Con

todo; esto quiere decir Madre de los pecadores. Luego hemos de tener por cierto que *María* no puede ser la Madre del que tiene voluntariamente semejantes pecados; ó lo que es lo mismo, *María* ni es, ni podrá ser jamás la Madre de un pecador que no quiere convertirse. ¿Cómo ha de tener á *María* por Madre aquel malvado que no quiere tener á Jesucristo por Padre? ¿Cómo ha de ser Madre del infame que renueva sin cesar los dolores de Jesús? ¿Cómo ha de ser Madre del escandaloso que le pierde muchas almas? ¿Cómo ha de ser Madre del sacrílego que le arrebató al Señor todo el honor y toda la gloria? En fin, ¿cómo ha de ser Madre del endurecido y del obstinado? No: jamás será *María* la Madre de los pecadores que no quieren convertirse, de los pecadores que quieren continuar en su pecado. ¿Cómo! *María* con una fé tan viva, ¿será la Madre del incrédulo? *María* con una confianza ilimitada, podrá ser la Madre del que desespera y muere como el traidor Júdas? ¿Cómo podrá ser la Madre de aquel infame que se sirve de la bondad de Dios para pecar con mas libertad? Es la misma pureza, ¿y será la Madre de un impúdico y deshonesto? Es la misma humildad, ¿y será la Madre del soberbio orgulloso? Concluyamos que el que no tiene á Jesucristo por Padre, jamás tendrá á *María* por Madre.

22. *Es la Madre del pecador arrepentido.*—A la manera que no hay duda que *María Santísima* es la Madre de todos los justos, así es igualmente cierto que lo es de todos los pecadores arrepentidos. Trasladémonos al origen de esta divina maternidad, y la encontraremos en el Monte Calvario. *Mujer, dijo el Señor á María, hé ahí á tu hijo;* como si dijera: tú eres la Madre de Juan, y de todos los justos que son como el inocente Juan, y de todo el género humano, que está representado en su persona. De lo dicho hasta aquí,

resulta que es la Madre de los justos, y que no es la Madre de los obstinados: mas como hay una gran parte de pecadores arrepentidos, resulta que *María* es su Madre, porque ellos estaban representados en la persona de Juan. ¡Oh si supieras, lector carísimo, hasta qué punto es la Madre de todos los que quieren enmendarse! No hay cuidado ni solicitud que pueda compararse con el que emplea *María* en su favor. Ahora bien: ¿*María* es tu Madre? No te hagas ilusión, porque si es la Madre de los justos, no lo es de los que voluntariamente viven en el pecado; y si eres del número de estos últimos, tienes el deber imprescindible de abandonar todo pecado, so pena de prescindir de que *María* sea tu Madre.

Encuentro en la Escritura un pasaje que dice así: *Levantáronse los hijos.* Estos hijos son los hijos de *María*, es decir, unos pobres descendientes de Adán que estuvieron caídos en la culpa, hasta que saliendo de ella se levantaron, quedando desde entonces los hijos de tan buena Madre. De lo cual resulta lo mismo que estamos diciendo, es decir, que antes de ser hijos de *María*, es preciso levantarse de la culpa, y solo dado este paso, es lícito llamarse hijo de *María*. Permíteme que movido de un celo santo te diga también: ¿Quieres que *María* sea tu Madre? Quiérela: quiérela bien: quiérela de modo que no destruyas con tus hechos lo que afirmas con tus palabras: quiérela cumpliendo todas tus obligaciones; y quiérela en fin, imitándola en la práctica de tus mas heróicas virtudes. Así, es *María* la verdadera Madre de los justos, y lo es también de los pecadores que arrepentidos de sus fatales excesos ya no quieran serlo: pero jamás lo será con relación á los que voluntariamente viven de asiento en el pecado. ¿Y cómo han de ser hijos de *María* semejantes endurecidos, siendo ellos malditos por Dios por-

que lo han ofendido y porque voluntariamente quieren continuar ofendiéndole? ¡Infelices! Son sumamente desgraciados, porque á *María*, que es la Madre de Dios, la hacen nuevamente la Madre de la miseria y del dolor. Alerta, pues, no sea que sobre este punto tan importante te hagas ilusion, y tanto mas terrible cuanto que podia serte irremediable.

23. *Es la Madre del pecador que quiere arrepentirse.*—Sin duda alguna, lector carísimo, *María* es la Madre del pecador que verdaderamente quiere arrepentirse, así como no lo es de aquellos que quieren arrepentirse de boca, pero que con sus obras continúan ofendiendo á Dios. Aunque el pecador no haya salido del pecado, basta que ya no lo ame, y desde ese instante feliz, *María* ya es su Madre, porque este no amor vá acompañado de aborrecimiento y de un principio de amor á Dios; amor que manifiesta acudiendo á *María*. Yo puedo afirmar en nombre de *María*, que desde el instante que el pecador la busca, ya esta buena Madre le dispensa todos sus oficios amorosos que le hacen poner todo su conato en volver á Dios. *María* le auxilia para que acabe su obra, á pesar de todas las baterías del infierno, y aun de hecho lo saca de la culpa: así es como esta buena Madre ostenta su poderoso patrocinio. El pecador en las oraciones que dirige á *María* no merece la gracia que pide, es verdad, pero ella le aplica una parte de sus merecimientos, y así se hacen aptas para alcanzar la gracia del perdón: no la merece el pecador, es cierto, pero lo merece eficazmente *María*, que en aquel momento muestra que ella es su Madre. Como es una verdad innegable que para que una alma se convierta, necesita de la gracia de Dios, y si ésta falta no puede haber verdadera conversion, de ahí resulta que este acudir á *María* de que hablamos, no se entiende de una cosa natural, porque en este caso con-

vendrán al pecador aquellas palabras del infame Antiocho, de quien dice la Escritura: *Oraba el malvado al Señor, pero con oraciones que no habian de darle la misericordia*, porque ya se habia llenado el número de los pecados que Dios quiso sufrirle, y porque ya habia abusado de todas las gracias que el Señor quiso señalarle. Así de un modo semejante puede un cristiano acudir á *María*, pero de un modo natural: acudir á *María*, pero habiéndose llenado ya el número de los pecados: acudir á *María*, pero cuando ya no hay mas gracia: en este estado *María* no es la Madre de este infeliz, porque de hecho ya pesa sobre él la sentencia de su condenacion. ¡Oh! pesa bien esta verdad, lector carísimo, no te hagas ilusion: sál del pecado en el día de hoy que tienes tiempo, porque mañana quizás te faltará: conviértete en este primer momento, porque en el segundo quizás te dirá el Señor: *Ya no hay tiempo*. En una palabra; si ahora te conviertes, *María* es tu Madre, y deja de serlo, si obstinado no quieres convertirte á Dios. Desengáñate, porque así como *María* jamas podrá ser la Madre de los demonios, así tampoco lo será jamas de los obstinados, y lo será siempre de aquellos venturosos que del centro de sus infidelidades se vuelven por fin á Dios. ¡Oh si de una vez para siempre amaras á *María*! ¡Cómo no amarla supuesto que te hace todos los oficios de la mas tierna Madre! *María* tiene dos hijos, á Jesus y á los pecadores: ¿y qué hace en favor de estos? No consiente en que sean enemigos del primero, sino que emplea toda su eficacia para que se reconcilien con él. Ve *María* que los pobrecitos pecadores no están bien con su Hijo, y en este caso ella no atiende á sus pecados, sino á la intencion que tuvo su Hijo al constituirla la Madre del género humano. ¡Ah! es *María* tan buena Madre, que

no se desdenea de vendar sus heridas, y no cesa hasta haberlos curado completamente.

La santa Escritura nos demuestra con evidencia, que María es Madre de los pecadores mientras que no están reprobados de Dios, es decir, mientras que no se ha llenado el número de sus pecados y de sus gracias; así como no puede ser lá Madre ni de uno solo que sufra las consecuencias de la sentencia de reprobacion. Dos ladrones están crucificados al lado de Jesucristo, y *María* debió empeñarse igualmente por ellos, y con todo su poder. A los dos les aplica la misma medida de su misericordia: por los dos intercede igualmente, y sin embargo, el uno se salva, pero el otro se condena. Dimas, con la gracia que le alcanzó la Santísima Virgen, conoce á Jesus, se arrepiente de haber pecado, ama á su Salvador, defiende su divinidad, desea su gloria, y en aquel mismo dia la posee en cumplimiento de la sentencia de Jesucristo: *Hoy estarás conmigo en el paraíso*. Al contrario el otro ladron, á pesar de los ruegos que hizo en su favor la Santísima Virgen, se obstinó en su maldad, porque ya habia consumado el número de las gracias; y este infeliz desconoció á Jesus, lo aborreció, blasfemó de él y de su gloria, y en aquel mismo dia bajó á los infiernos: tan cierto es que *María* es Madre de todos los cristianos, mientras que no hayan consumado el número de gracias. Por tanto, lector carísimo, conviértete ahora que tienes gracia, no sea que mañana ya no la tengas.

24. *María siente los males del pecador como si fuesen suyos*.—La doctrina que asegura que *María* siente como propios los males de los pecadores, les descubre el resto de casi toda la infinidad de su amor en favor suyo. Y á la manera que aquella madre que tenia á su hija enferma, decia sin embargo á nuestro Señor que tuviese piedad no de su hija sino de ella misma, por-

que los males de los hijos son los de las madres; así mismo se porta *María* con relacion á los pecadores. ¡Ah! ¡Qué ama, pues, quien á *María* no ama? ¡Qué oficios pueden compararse con los oficios que ella nos hace? ¡Y habrá quien se atreva á ofenderla? ¡Habrà quien sea tibio en su amor? ¡Habrà quien no la ame con todo su corazon y con toda su alma? ¡Habrà quien no le jure un amor tan sin límites que en lo sucesivo todo lo haga, todo lo emprenda, todo lo piense, y todo, todo *por el amor á María*? Considerémosla patrocinando á los pecadores ante su Hijo, Juez de vivos y muertos, y la veremos que se porta como si dijera: *Señor mio, esta pobrecita alma que está en pecado es hija mia; tened pues, piedad no tanto de ella sino de mí que soy su madre*. ¡Ah! los infelices pecadores mientras están en pecado no tienen derecho á gracia alguna; y todas las criaturas, las sensibles y las insensibles y aun las invisibles, tienen derecho sobre su salud y sus riquezas, sobre su bienestar y sus placeres, sobre su honor y su fama, y aun sobre su vida y su muerte. Pero afortunados los que tienen verdadera intencion de enmendarse, porque encuentran en *María* su mas tierna Madre: y afortunados tambien, porque habiendo Dios encomendado á *María* los pecadores, ciertamente que no condenará ni siquiera á uno de cuantos se acogen á su patrocinio. ¡Y quién podrá explicar la bondad, el poder, la misericordia y el amor de *María* aun en favor del pecador mas miserable? ¡Ah! postrémonos, lector carísimo, á unas plantas tan solícitas que nos han de ser queridísimas: apremiémoslas con una oracion tan continua como ferviente, y no nos apartemos hasta que nos bendiga esta dulcísima Madre nuestra. Digámosla llenos de confianza: Aunque me diere la muerte no me apartaré de *María*, porque sé de cierto que con ella irremisi-

blemente seré salvo. Digámosle en fin: Señora y Madre mía, yo no merezco por mis culpas que vos seáis mi Madre, pero arrepentido y confuso acudo á vuestra misericordia, y para mas obligaros quiero deciros una y mil veces: *Dios te salve, Reina y Madre de misericordia.*

25. *Devocion á esta Madre de misericordia.*—En la historia del judío Ratisbone hallarás una devocion verdadera á esta Madre de misericordia. Era un jóven en la flor de su edad, hermoso cuál cándida azucena, rico en sí mismo y por una fortuna inmensa que habia heredado de un tío suyo, saludado por todos los placeres y diversiones que se le ofrecian á porfia, y viajando por Europa con la sola idea de saber y gozar. Habiendo entrado en cierta iglesia, no por devocion alguna, sino por cierto compromiso, de un modo puramente mundano y con todo el odio que tienen los judíos á los cristianos, de repente se vió arrebatado. . . y vió á la Santísima Virgen María segun como está en la medalla milagrosa. Y á la manera que Saulo, cuando en el camino de Damasco se le presentó Jesucristo, que mudándole instantánea y dulcemente el corazon le obligó á decir: *Señor, qué quereis que haga;* así Ratisbone, asaltado por la aparicion de María Santísima, lo convirtió en un momento: dejó de ser judío, y en un instante quedó trasformado en un fidelísimo devoto suyo. A vista de tanta misericordia, abandonó el mundo, entró en una de las religiones mas ajustadas, y con el mayor fervor trabajaba en hacerse santo. Así de un modo tan práctico debes ser devoto de esta Madre de misericordia.

CAPITULO V.

VIDA.

26. *María es nuestra vida.*—Yo no sabré decirte, lector carísimo, todo cuanto tiene de grandioso y excelente la devotísima oracion de la Salve. Nos presenta á *María* saludada por todos los cristianos que convertidos en otras tantas lenguas le dicen, *Dios te salve:* grandiosa idea que es la mas apropiada para indicarnos lo que es *María* en sí misma, y que con relacion á nosotros ella es nuestra Madre. Nos presenta á *María* con el único título de Reina universal de los cielos y de la tierra, y poniendo en juego á toda la Trinidad, coronándola el Padre con la diadema del poder, el Hijo con la corona de su sabiduría, y el Espíritu Santo con la inmensidad de su amor. Nos presenta á *María* como Madre, ejerciendo en favor nuestro todos los officios de la mas solícita y tierna de las madres: á *María* amando todas las criaturas del Criador, todos los redimidos del Redentor y todos los justos del Santificador, y á *María*, amando de tal suerte á todos los pecadores que ya no aman el pecado, que se les constituye y declara su propia Madre. ¡Y qué no basta todo esto? ¡Estos títulos no son suficientes para robarnos el corazon! Pero como en esta oracion no solo se trata de lo que nosotros necesitamos, si que tambien de las excelencias de tan gran Señora; por esto para darla á conocer mejor, la veremos con el bellissimo dictado de *Vida*, como si dijéramos, que aquella misma